

LA decisión británica de vetar la reforma de los tratados europeos, contra la opinión de los restantes 26 países de la UE, ha hecho sonar las alarmas sobre las relaciones entre el Reino Unido y Europa. Pero si se mira con un poco de perspectiva histórica, en realidad es lo mismo de siempre: cuando hay que involucrarse de verdad en el proyecto europeo, Londres marca distancias para satisfacer a su desconfiada opinión pública. El precio es inevitablemente la pérdida de influencia en Europa. Pero la mayoría de los británicos lo paga con gusto.

REINO UNIDO SE ALEJA (‘AGAIN!’) DE EUROPA

FERNANDO SÁIZ

EN estas últimas semanas se ha citado repetidas veces un titular supuestamente publicado por el venerable diario británico *The Times* en su sección meteorológica: *Fog in Channel: continent cut off* (“Niebla en el Canal de la Mancha: el continente, aislado”). Nadie sabe a ciencia cierta cuándo se publicó el titular (algunos atrevidos señalan con errónea precisión el 22 de octubre de 1957, otros lo fechan en los años treinta y algunos más lo sitúan antes de la Primera Guerra Mundial e incluso a finales del siglo XIX), ni tampoco está claro dónde salió (hay quien dice que no fue en *The Times* sino en el *The Daily Mirror*, otros se lo adjudican a la revista *Punch*...). Ni siquiera se sabe si es verdad que se publicó. Pero lo cierto es que ese presunto titular podría ser considerado sin dificultad uno de los mejores hallazgos periodísticos de todos los tiempos, porque captura con exactitud el complejo sentimiento, mezcla de extrañamiento y superioridad, que los británicos tienen respecto del resto de Europa.

Historia de una aprensión

EL recelo de los británicos hacia los países europeos continentales no es, obviamente, cosa de Cameron. Muchos de sus predecesores en el número 10 de Downing Street mantuvieron aprensiones similares. Eden, McMillan, Douglas-Home, Thatcher, Major, Blair... La lista de primeros ministros que han desairado a sus vecinos europeos es muy larga. Hay que recordar que aunque Churchill fue de los primeros en sacar a relucir la idea de crear unos Estados Unidos de Europa, en realidad el Reino Unido no ingresó en la Comunidad Europea hasta 1973, 22 años después de que se creara la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, el embrión en el que sí estuvieron Francia, Italia, Alemania, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Posteriormente, Margaret Thatcher, ferviente antieuropeísta, arrancó el llamado cheque británico, una especie de privilegio clasista y discriminatorio; Major forzó la adopción de una cláusula para quedarse fuera en política social (el llamado *opt-out*), y Blair hizo toda clase de filigranas para conservar la libra y no entrar en la moneda única europea.

Con ese sentimiento profundamente enraizado en su forma de ser, los británicos lo han vuelto hacer. A finales de 2011, el primer ministro, el conservador David Cameron, vetó la reforma de los tratados europeos y se apartó del proyecto institucional diseñado para fortalecer el euro. Su argumento fue que el resto de los países de la Unión Europea, con Alemania y Francia a la cabeza, se habían negado a aceptar sus condiciones para salvaguardar los intereses de la *City*, el distrito financiero de Londres. Fue el presidente de Francia, Nicolas Sarkozy, en apariencia un buen amigo de Cameron, el que finalmente se hartó de las pretensiones de Londres, consideradas menores o provincianas en un momento en el que estaba en juego el futuro del euro, y forzó la ruptura.

Fractura. ¿Qué pasará ahora? Algunos políticos y líderes de opinión se han apresurado a predecir grandes cataclismos institucionales en Europa, como la fractura del proyecto europeo, la salida del Reino Unido de la UE o la independencia de Escocia. Con toda probabilidad, nada de eso ocurrirá.



La decisión de Cameron forma parte de la obra de teatro que históricamente han representado ambas partes y su postura hasta cierto punto resulta comprensible, si se tienen en cuenta las circunstancias. Hay que recordar que Tony Blair, que fue primer ministro británico entre 1997 y 2007, resistió fortísimas presiones de las grandes multinacionales y de la propia *City* de Londres para integrarse en el euro. Si Reino Unido aguantó y se desmarcó de Europa cuando la

moneda única estaba en su fase de esplendor, ¿cómo no habría de hacerlo ahora que el conjunto del proyecto europeo amenaza ruina? Si bien se piensa, era inevitable que Cameron, azuzado por la influyente corriente eurofóbica de su partido, hiciera algún gesto para distanciarse de la UE.

Ya lo ha hecho, y a partir de ahora las aguas volverán poco a poco a su cauce. Eso no quiere decir que Reino Unido vaya a tener un papel importante en la gestión

de Europa. A eso renunció hace mucho tiempo. A corto plazo, los socios europeos tendrán mucho interés en castigar a Londres por su insolidaridad y ya hay algunas señales de marginación en debates internos como el de Solvencia II, que configurará el régimen de capital para el sector asegurador en Europa. En sentido inverso, Reino Unido hará todo lo posible por sabotear la implantación en la UE de una tasa sobre las transacciones financieras, una propuesta de-

Los británicos tienen un complejo sentimiento, mezcla de extrañamiento y superioridad, respecto del resto de Europa.

El conservador David Cameron vetó la reforma de los tratados europeos y se apartó del proyecto institucional diseñado para fortalecer el euro

Los puentes entre Gran Bretaña y la UE, que hoy parecen rotos, volverán a construirse. A ninguna de las dos partes le interesa la ruptura total.



La oposición de los liberal-demócratas

EL marido de la vallisoletana Miriam González, Nick Clegg, a la sazón líder del Partido Liberal-Demócrata y viceprimer ministro, fue el primero que se rebeló contra la decisión de Cameron de vetar la reforma del tratado europeo. Las críticas a su jefe en el Ejecutivo británico fueron claras e inmediatas (“es una decisión mala para Gran Bretaña”) y abren una nueva grieta en las complicadas relaciones entre los conservadores y los liberal-demócratas, que gobiernan en coalición. En realidad se trata de una crisis previsible, dada la muy diferente perspectiva que ambos partidos tienen de la cuestión europea. Los *tories* son, casi por definición, euroescépticos, mientras que el partido de Clegg es afín a las ideas del proyecto europeo. El propio Clegg está considerado un europeísta convencido, en parte por su trayectoria personal y profesional. Está casado con una española, su madre es holandesa, estudió en el Colegio Europeo de Brujas, fue parlamentario europeo y trabajó para el comisario británico Leon Brittan. Un pedigrí que espanta a muchos de sus aliados conservadores.

fendida ardorosamente por Sarkozy y también apoyada, aunque con menos determinación, por Alemania.

Pero los puentes, que hoy parecen rotos, volverán a construirse. A ninguna de las dos partes le interesa la ruptura total. Reino Unido tiene imprescindibles lazos comerciales y financieros (otra vez la *City* por medio) con el resto de la UE y sus dirigentes saben que su importancia en el mundo, incluida la denominada “relación especial” con Estados Unidos, depende de su participación en el engranaje eu-

ropeo. Europa tampoco saldría beneficiada con una potencial exclusión británica. Perdería una voz sensata en temas económicos y un elemento de contrapeso frente a la creciente influencia de Alemania y Francia.

El fleco de la falda escocesa.

En cualquier caso, la decisión de Cameron tiene un efecto colateral: irrita a los escoceses. Si el 57 por ciento de los británicos apoya a su primer ministro, en Escocia ese respaldo se reduce al 45 por ciento. La cosa no tendría mayor

importancia si no fuera porque el primer ministro escocés, el nacionalista Alex Salmond, está empeñado en convocar a partir de 2014 un referéndum de independencia, y el veto a Europa le proporciona un arma eficaz para atacar a Cameron y para demostrar que Londres no defiende adecuadamente los intereses de la región. Según las encuestas, la gran mayoría de los escoceses quieren hoy en día mantenerse en el Reino Unido, pero Salmond ha encontrado una cuña para hacerles cambiar de opinión. ■

Hace tiempo que Reino Unido renunció a tener un papel importante en la gestión de Europa
